

## *Auschwitz, enero de 1945*

*El campo de concentración ha sido abandonado precipitadamente ante la inminente llegada de los rusos. El lugar está nevado y desierto, reina la calma de la muerte. Dos exploradores del ejército rojo entran en el pabellón-hospital del campo. Queda claro que se odian: el oficial es pulcro y recto; el soldado raso está sucio y borracho. Con ellos descubrimos algunas de las atrocidades perpetradas por los doctores nazis: tarros de formol con fetos deformes, pruebas de crueles experimentos, etc. Y lo peor: una hilera de cunitas en la que yacen los cadáveres de varios bebés, parejas de gemelos a los que se ha sometido a todo tipo de aberraciones. No parece haber supervivientes.*

*El oficial vomita, asqueado. El soldado, embrutecido, rastrea las estanterías en busca de frascos de alcohol etílico con los que seguir emborrachándose. El oficial lo abronca y lo abofetea, pero en cuanto se da la vuelta el soldado lo mata de un disparo por la espalda. La detonación retumba hasta fundirse con el llanto descarnado que súbitamente brota de una de las cunas. El soldado se asoma y por fin conocemos a **Mordecai Boj**, el bebé que chillaba.*

*El único ser vivo que queda en Auschwitz.*

## (ENTRAN CRÉDITOS)

La historia se sitúa en la actualidad, o más bien en un futuro a 3-4 años vista. El escenario: los suburbios de cualquier gran ciudad.

Nos vamos ahora con nuestro otro protagonista: **Tristán Espósito**, 30 años. Le conocemos en su deprimente entorno profesional: uno de esos programas nocturno de tarot y quiromancia producidos por algún pequeño canal de televisión local. Él ejerce de presentador-vidente: ataviado con un disfraz absurdo y bajo un apelativo del tipo “Doktor Mente”, recibe las llamadas y hace el paripé habitual en esta clase de programas.

Después le vemos tratando en vano de que le paguen los sueldos atrasados, desmaquillándose frente al espejo en la soledad de su triste camerino, volviendo a casa de noche en un desolado transporte público... Este último trayecto muestra un escenario de fondo bastante turbulento: huelgas,

inseguridad, basura por doquier, contenedores en llamas, sirenas en la noche, mendigos deambulando con la mirada alucinada, prostitución rampante...

**Tristán** trata de llamar desde su móvil, pero las pantallas del metro informan del “toque de queda virtual” decretado por las autoridades: las comunicaciones telefónicas e Internet quedan en suspenso con carácter indefinido por razones de seguridad ciudadana. El anuncio lo hace **El Interventor**, un señor con aspecto de funcionario que ejerce “de forma temporal” las funciones de gobierno. Otro usuario del metro, enrabiado, lanza una botella a la pantalla, pero es rápidamente reducido a golpes por la policía. Se acumulan los indicios de que la situación general está al límite y de que el estallido social puede ocurrir en cualquier instante...

Pero **Tristán** permanece un poco al margen, pues tiene preocupaciones más acuciantes: facturas, recibos y letras que se acumulan, tal y como le recuerda su esposa en cuanto, agotado, entra por la puerta del humilde hogar. **Esther** (30 años) es una mujer tensa de belleza prematuramente ajada y que fuma un cigarrillo detrás de otro. Salta a la vista que la pareja está muy “tocada” por los problemas económicos. **Esther**, con creciente desesperación, presiona a **Tristán** para que busque soluciones urgentes: para colmo tienen un niño (año y medio aprox.) que necesita pañales y alimentación especial, pues padece una rara enfermedad que los médicos no aciertan a diagnosticar.

Ella le recrimina que abandonara los estudios de medicina para dedicarse a su vocación, la magia, un hobby infantil con el que es imposible mantener a una familia. **Tristán** se defiende: está pendiente de que le salgan un par de actuaciones remuneradas y además trabaja con ahínco en un nuevo espectáculo que les va a sacar de la ruina. **Esther** se exaspera ante tanta promesa incumplida.

Resulta evidente que no es la primera ni la última vez que tienen esta conversación. Se trata de un choque frontal de puntos de vista y formas de ser: **Esther**, harta de hacer turnos dobles en el hospital (es enfermera), frustrada y con los nervios destrozados por el insomnio; **Tristán**, un hombre noble e idealista en un mundo que se viene abajo, un soñador que se aferra a sus quimeras para no enfrentarse al hecho de que todos, empezando por su

esposa, le consideran un perdedor y un don nadie. Antes de que ella lo ponga en palabras, en lo más crudo de la bronca, **Tristán** se va de la casa.

Se refugia en el bar de copas de su amigo **Abel** (40 años). Es un ex-militar, veterano de Yugoslavia y Afganistán, de temperamento explosivo. Lleva el cráneo rasurado y es de esos tíos a los que algo te dice que no quieres ver cabreado. Sobre **Tristán**, sin embargo, ejerce una tutela como de hermano mayor. Socarrón, le toma el pelo por sus movidas maritales, hasta que ve que está verdaderamente afectado y preocupado, sobre todo por su hijo. Entonces **Abel** le recuerda que ya le ha propuesto una solución para salir del hoyo y obtener ingresos rápidos. La charla se torna ambigua, llena de alusiones y sobreentendidos. A **Tristán** se le nota incómodo, más aún cuando **Abel** reitera su propuesta, cuyo contenido concreto desconocemos pero que parece inspirar dudas y temor a **Tristán**, que declina pese a la insistencia de su amigo. Acaban brindando con chupitos. “Por que tus problemas se solucionen por arte de magia”, dice **Abel**, no sin cierta acidez. Siguen bebiendo a puerta cerrada.

Ya amanece cuando **Tristán** llega a casa, bastante ebrio. Su hijo está llorando y él lo consuela y lo calma con cariño y dulces palabras. Se acuesta vestido y entre susurros de “lo siento” trata de abrazar a **Esther**, que parece dormida. Se nota la soledad de **Tristán**, su necesidad de afecto, la absoluta falta de contacto físico en la pareja... **Esther** no reacciona y él desiste: se tumba boca arriba y se duerme en un par de segundos. Entonces ella abre los ojos: estaba fingiendo. Se levanta y sale. Sobre el profundo sueño y los leves ronquidos de nuestro protagonista vamos a...

\*\*\*\*\*

*Odessa, Ucrania, años 50*

***Mordecai Boj** es ahora un adolescente introvertido que ha acabado en un frío, inhóspito y paupérrimo orfanato comunista. Es de noche, el dormitorio colectivo permanece en silencio total, bajo la mirada implacable de un retrato de Stalin. **Mordecai** se desliza con gran sigilo hasta la ventana, donde gracias a un trozo de metal y los reflejos de la luna llena intercambia señales con una niña del pabellón femenino, separado del suyo por vallas y alambradas.*

Vemos que **Mordecai** tiene magulladuras en la cara, y pronto vamos a averiguar por qué: de repente le caen encima dos, tres, cuatro, incontables chavales al grito despectivo de “¡Judío!”. Pese a que se defiende con fiereza, acaba recibiendo una brutal paliza que sólo concluye cuando el guardia enciende la luz y llama al orden con el agudo pitido de su silbato. Aunque ve al chico ensangrentado arrastrándose por el suelo, da media vuelta y se larga.

**Mordecai** se mete debajo de la cama y se muerde el puño para no llorar. Después empieza a reptar hacia la puerta.

Renqueante y contusionado, **Mordecai** escapa a hurtadillas del orfanato. Gracias a su astucia logra burlar a los vigilantes. Llega al puerto callejeando al amparo de las sombras. Allí consigue colarse de polizón en un barco mercante. Desde su escondrijo, por última vez, proyecta sobre la ciudad un haz de luz con su pedazo de metal. Pero obviamente no hay respuesta. Exhausto, se oculta en un rincón y cae rendido al instante.

\*\*\*\*\*

**Tristán** despierta. Ha descansado poco y mal, y tiene una leve resaca. Con cargo de conciencia, corre a ver a su hijo, que está jugando tranquilamente en su parquecito. Le da un beso y se mete en la ducha. Pero el insistente timbre de la puerta le obliga a salir con la toalla anudada a la cintura. Es un empleado de mensajería con un sobre certificado urgente. El mensajero, indiscreto, se interesa por los apellidos de **Tristán** (Espósito Espósito): “¿Es que tus padres eran primos o qué?”. **Tristán** no se ofende y le explica que así se apellidan por defecto las personas que no tienen padres. Firma y mira con recelo el sello oficial de la carta. La abre y le cambia la cara: sin duda son pésimas noticias.

**Tristán**, con la carta en la mano, camina apresuradamente por la calle con su hijo. Perdido en sus negros pensamientos, no parece reparar en la atmósfera que le rodea, dominada por esa calma chicha que precede a la tempestad. En la puerta del banco, sin ir más lejos, hay un nutrido grupo de manifestantes vigilados por los antidisturbios que custodian la sucursal. **Tristán** entra.

Dentro, hay una larga fila de gente que espera resignada frente al despacho del director. **Tristán** se pone a la cola. Su hijito no tarda en inquietarse y empieza a

llorar. **Tristán** lo apacigua con ingeniosos y sorprendentes juegos de manos, que acaban por entretener también al resto de los presentes. Superando su propia aflicción, ofrece un improvisado show de magia que hace que la gente esboce una sonrisa, por efímera que sea.

La del propio **Tristán** se esfuma en cuanto se sienta frente al director de la oficina, un viejo amigo de la escuela, que sintiéndolo mucho le confirma lo que ya dice la carta: el desahucio se llevará a cabo en el plazo de 3 días, y la única forma de pararlo es abonando de inmediato una cantidad que, dado el estado de la economía familiar, resulta estratosférica. **Tristán** trata de negociar, pero el director insiste en que es demasiado tarde, el proceso ya está en marcha, y tal y como están las cosas las entidades se muestran implacables, no perdonan ni 1 céntimo. También pregunta extrañado si es que acaso no ha recibido cartas previas de advertencia. **Tristán**, avergonzado, admite que sí, y muestra varias cartas sin abrir. Sabe que ha cometido un grave error. Hundido, suplica una solución hasta que el director, incómodo, le plantea una salida bastante heterodoxa: “cuando firmaste la hipoteca contrataste también, automáticamente, un seguro de vida...”. **Tristán** tarda en comprender que, de un modo muy velado, el director le está sugiriendo que si él muere su mujer y su hijo podrían librarse de la deuda y quedarse el piso. “¿Estás insinuando que lo único que puedo hacer es suicidarme?”, inquiera **Tristán**, estupefacto. Esta vez es el director el que está avergonzado: se escuda argumentando que desde arriba ahora les presionan para que expongan la situación tal cual es, de forma cruda y directa, “sin que ello suponga incitar a nadie a cometer una locura, ojo”. **Tristán** se levanta y se va, muy indignado.

Encontramos a **Tristán** en un parque, jugando con su hijo, que da sus primeros y titubeantes pasos. Tiene la mirada perdida, se le ve abatido, meditabundo. Un mimo empieza a imitarle, generando una reacción que sorprende al propio **Tristán**: situado frente a esta suerte de “espejo humano”, acaba por sentirse en efecto un payaso. En un arranque de cólera empuja al mimo y le grita que se largue. Enseguida se arrepiente y trata de disculparse, pero el mimo ya se aleja casi a la carrera. **Tristán** vuelve con su hijo, al que acaricia la cabeza, absorto.

De pronto repara en que tiene las manos llenas de ralos mechones de cabello: por culpa de la enfermedad el niño está perdiendo el pelo a ojos vista. **Tristán** abraza con fuerza a su hijo, se le ponen los ojos vidriosos, musita que no va a permitir que nada le ocurra. Se le adivina una nueva y desconocida determinación: arroja todas las cartas del banco a la basura, coge a su hijo y echa a andar con paso firme.

Volvemos al bar de copas. **Esther** y **Abel** están sentados en una mesa apartada, tomando un café en un clima de intimidad y mutua confianza. Ella está desbordada, le cuesta contener el llanto. Él la reconforta con calidez, le enjuga las lágrimas, le dice que todo va ir bien, que va a hablar con **Tristán** “para que haga lo que tiene que hacer”. Le pregunta si confía en él (en **Abel**) y ella asiente, convencida. La acompaña hasta la puerta, donde se funden en un afectuoso abrazo. **Esther** se va.

Al salir, **Esther** distingue a **Tristán** en la acera de enfrente, a punto de cruzar, aparentemente en dirección al bar. Ella se aleja en sentido opuesto, sin ganas de saludar a su marido. **Tristán** no la ve y camina hacia el bar. Seguimos durante un instante a **Esther**: en cuanto dobla la esquina un cuerpo cae a plomo a escasos metros de su posición, con un sonido sobrecogedor. Alguien acaba de decidir que lo más fácil era arrojarse por el balcón. **Esther** grita, espantada, antes de seguir adelante sin mirar atrás y cada vez más rápido.

En el bar, **Abel** recibe con entusiasmo a **Tristán** y le dice que tienen que hablar. **Tristán** se muestra de acuerdo, esta vez es él el que tiene algo importante que anunciar: “Cuenta conmigo, estoy dentro”. De su gesto decidido saltamos a...

\*\*\*\*\*

### *Tesalónica, Mar Egeo, años 60*

*Ya no hay rastro del niño asustadizo que se escabulló como una rata del orfanato. **Mordecai Boj** se ha transformado en un joven apolíneo de marcadas facciones. Sus años como marinero han afinado su musculatura, las sucesivas vueltas al mundo han curtido su tez y su mirada, en la que se intuyen muchas*

*experiencias. Su carácter pendenciero se ha forjado en burdeles y tabernas a lo largo y ancho de todos los mares del planeta.*

*Su carguero acaba de atracar en el puerto griego, y **Mordecai**, de permiso, se lanza sobre la ciudad con los bolsillos llenos, sed de licor y hambre de mujeres. En un tugurio de los muelles se entera casualmente que a la vuelta de la esquina vive una anciana que se apellida igual que él. Intrigado ante la posibilidad de arrojar algo de luz sobre su oscuro pasado, acude a visitarla, ignorante de que su vida va a cambiar para siempre.*

*La anciana (de nombre **Sara**) es su tía, hermana de su padre, y la única de la familia, además de él, que sobrevivió al Holocausto, tal y como atestiguan los números tatuados en su antebrazo. Le cuenta cómo los Boj, judíos sefardíes, fueron expulsados de España en 1500, cómo vagaron por Europa hasta establecerse en Tesalónica, donde medraron y florecieron gracias al comercio. Y entonces llegaron los nazis y todo dejó de existir. **Mordecai** escucha abrumado. **Sara** le habla de sus padres, de su hermano gemelo (**Mordecai** ni siquiera conocía su existencia), de los horrores del campo... Después le hace entrega del único tesoro que les queda a los Boj: la vieja llave de la casa familiar en Toledo, que se vieron forzados a abandonar siglos atrás.*

*Vemos que algo ha cambiado, que algo importante ha ocurrido en el interior de **Mordecai**: ahora ya sabe de dónde viene. Y quién es.*

*Esa misma noche **Mordecai** bebe solo en la barra de un antro. Se le nota taciturno, como si se estuviera embriagando a conciencia mientras procesa la información que le ha suministrado su tía. En otra mesa un noruego rubio, gigantesco y muy borracho, despótica y vocífera consigna antisemitas. **Mordecai** salta y estalla una pelea en la que da rienda suelta a su violencia, como si el reverso tenebroso se hubiese apoderado de él. Golpea, golpea y golpea al noruego, hasta que alguien logra sujetarlo...*

*Y finalmente encontramos a **Mordecai** en un cuchitril, tatuándose en el antebrazo el número de serie que lo acredita como superviviente del Horror y lo reconcilia simbólicamente con los suyos. Un compañero entra para avisarle: el noruego ha muerto de la paliza y la policía busca al responsable. **Mordecai** se*

*pone en marcha: de nuevo le toca huir en la noche hacia quién sabe dónde, sólo que esta vez con las manos manchadas de sangre...*

\*\*\*\*\*

**Esther** y **Tristán** ven la tele en silencio. Ella fuma compulsivamente, él da de comer al niño sin dejar de mirar el reloj. Ambos están tensos. Él pregunta si puede encargarse ella de llevar al bebé al médico para ver por qué se le cae el pelo. **Esther** asiente con frialdad. En la tele, la programación se ve interrumpida por un avance informativo de carácter excepcional: **El Interventor** anuncia la entrada en vigor del corralito financiero: todo el dinero permanecerá congelado en los bancos hasta nuevo aviso. Asimismo, el toque de queda se traslada a la calle: queda terminantemente prohibido estar fuera de casa a partir de las 10 PM. Después, la pantalla funde a negro. **Tristán** se lleva las manos a la cabeza, al borde de la desesperación.

**Tristán**, vestido para salir, trastea en el armario del dormitorio, con cuidado de no hacer ruido. Busca algo con ahínco, pero no lo encuentra. Por fin abre un cajón y vemos que ha dado con ello, aunque no sabemos qué es, pues se lo guarda apresuradamente al oír pasos que se acercan. **Esther** entra y él disimula (no muy bien) mientras lo deja todo como estaba. Ella, escamada, le pregunta si va a salir, a lo que él responde que sí, e improvisa una excusa poco sólida: va a echarle una mano a Abel, que necesita hacer unas chapuzas en el bar y a lo mejor le paga un dinerillo. “¿Y el toque de queda?”, interroga ella, confusa. **Tristán** responde que dormirá en el sofá que tiene Abel en el almacén y volverá temprano por la mañana. Las palabras de su marido producen un raro impacto en **Esther**, que se queda pensativa.

**Tristán** se despide de su hijo con mucho sentimiento y le pide que cuide de su mamá mientras está fuera. **Esther** parece extrañamente turbada, como si supiera algo que la reconcome, un secreto que le quema la lengua. Cuando él se va a despedir pidiéndole perdón por la pelea de la noche anterior, ella le sorprende lanzándose a sus brazos y rogándole que no se vaya. **Tristán**, atónito, la tranquiliza y trata de despreocuparla. Incluso le hace un truco consistente en hacer brotar una bella flor de papel, como cuando eran novios.



Suenan varios toques de claxon, señal de que Abel está ya abajo, esperando en el coche. **Esther** se aferra a **Tristán**, parece a punto de decir algo importante, pero finalmente se zafa y lo deja marchar.

**Esther** se asoma a la ventana y ve a **Abel** sentado en el coche. Él alza la vista y al divisarla le guiña un ojo. En cuanto ella ve aparecer a **Tristán** se aparta de la ventana. Lucha por contener el llanto, por no derrumbarse. Entonces su hijo, jugando, la apunta con el dedo y dispara repetidamente sobre ella con una pistola imaginaria. Y **Esther** rompe a llorar.

Atardece, quedan unos minutos para que oscurezca. **Tristán** y **Abel** están en el coche, vigilando el exterior de una casa aparentemente normal: descuidada, eso sí, quizá oscura y un poco triste, con una verja herrumbrosa y un denso jardín al que le vendría estupendamente una buena poda. Es como si su inquilino hubiese querido de algún modo dar la espalda al mundo.

**Tristán** comenta que le parece una casa rara, con una forma insólita. Detectando síntomas de flaqueza, **Abel** le pide que no se raje, pues ya no pueden echarse atrás. Lo calma diciendo que ha estudiado la casa, que no hay perros, ni cámaras, ni alarmas, y que sólo vive un viejo que no sale jamás ni recibe visitas. **Tristán** le pregunta cómo sabe tanto, cómo está tan seguro de que hay dinero en la casa. **Abel** replica que en la barra de un bar se enteró de todo: el viejo es judío, trabajó con diamantes en el pasado y está forrado. Además, ahora todo el mundo tiene las cosas de valor en casa, “¿es que no ves las noticias?”, la gente ya no se fía de los bancos y está sacando masivamente los ahorros para volver a guardarlos en el colchón. **Tristán** duda, parece intimidado, indeciso. **Abel** le apremia: casi es de noche, tienen que actuar ya para que sea “un trabajito rápido, entrar y salir”.

Como corroborando sus palabras, pasa por la calle de al lado un vehículo policial con megafonía recordando a la población la inminente entrada en vigor del toque de queda: “¡Todo el mundo a sus casas!”. **Tristán** aún se debate, hasta que **Abel** le dice que piense en su hijo.

Salen del coche y caminan hacia la entrada de la casa. De reojo, **Tristán** percibe una figura observando desde el interior de un coche aparcado a unos

10-15 metros, pero está oscuro (y él demasiado agitado) para distinguirlo con nitidez. **Abel** empuja la verja, que cede con un chirrido. **Tristán** se queda como hipnotizado leyendo la pequeña inscripción de un proverbio judío que hay en el umbral: "Sobre todas las cosas guarda tu corazón, porque de él mana la vida". **Abel** tiene que tirar de él hacia el interior.

Cruzan a hurtadillas el sombrío jardín: a **Abel** se le nota el entrenamiento militar; **Tristán** está totalmente fuera de su elemento. Un gran cuervo negro se posa silencioso en la rama de un árbol: lleva un roedor muerto en el pico. Cuando ya están frente a la puerta, **Tristán** se coloca una media en la cabeza (es lo que cogió el dormitorio). Su aspecto es ridículo y **Abel** le pregunta qué coño hace. **Tristán** argumenta que no pueden ir a cara descubierta: correrían el riesgo de ser incriminados a posteriori. **Abel** le dice que eso no va a ocurrir. **Tristán** sospecha y pregunta por qué. **Abel** contesta que no es momento de discutir a susurros, que confíe en él. **Tristán** hace prometer a **Abel** que nada de violencia. **Abel** se exaspera y promete, al tiempo que llama al timbre y saca una pistola que llevaba en la cinturilla trasera del pantalón. Carga el arma, clac-clac, ruido de cerrojos que se descorren al otro lado de la puerta...

Primera sorpresa. Quien abre es **Ada** (20), una joven bellísima vestida provocativamente, como una prostituta. **Tristán** queda obnubilado por la chica. **Abel**, en cambio, le apunta a la cabeza y le ordena que deje paso o se despida de sus sesos.

Segunda sorpresa. En una de las habitaciones hay un hombre semidesnudo, drogado y maniatado, pero no se trata de un secuestro, no, sino de un exótico jueguito sexual. **Abel** y **Tristán** no dan crédito. El sujeto es **Zamir Boj** (25), que se toma con bastante buen humor la irrupción de unos asaltantes tan chapuceros. **Abel** pregunta por el viejo. **Zamir** responde que está en el sótano. **Abel** le amordaza y procede a inmovilizar a **Ada**. Le da el arma a **Tristán** y le dice que vaya a por el viejo.

**Tristán**, hecho un flan, baja al sótano, donde en efecto hay un imponente viejo con barba, vestido de negro y rodeado de libros. **Tristán**, agobiado por la media, lo encañona con mano temblorosa y le pregunta quién es y qué hace, a

lo que el viejo, muy tranquilo, responde (con acento): “Soy Mordecai Boj y estoy estudiando los misterios de la Cábala”.

Tercera sorpresa. **Abel** termina de reducir a **Ada**, que se defiende con uñas y dientes, cuando de pronto suena una fuerte detonación proveniente del sótano.

\*\*\*\*\*

*Buenos Aires, Argentina, años 70*

**Mordecai Boj** (32) lleva una existencia discreta en un pacífico barrio porteño. Vive con **Mariela** (25), una risueña compañera de universidad de la que está enamorado cual adolescente. Ambos están terminando sus estudios de arquitectura mientras **Mordecai** trabaja investigando el paradero de posibles nazis. Su sueño es cazar al doctor Mengele, el médico jefe de Auschwitz, que lleva tres décadas fugado. Se pasa el día pegado al teléfono entre fotos y documentos. Está tan abstraído en su labor que apenas presta atención a lo que ocurre a su alrededor: los militares acaban de tomar el poder y empiezan a circular siniestros rumores sobre detenciones ilegales y desapariciones. La que sí está alerta y se lo toma en serio es **Mariela**. Debido a su actividad política ha decidido quitarse de en medio, para ver qué rumbo toman los acontecimientos. Se refugiará en casa de un amigo. **Mordecai** bromea y la llama paranoica.

Pero esa misma tarde, a pocas horas de la marcha de Mariela, varios agentes de la policía secreta tumban de una patada la puerta del apartamento de **Mordecai**, que es llevado a los sótanos de la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada), donde es brutalmente torturado hasta que, al borde de la muerte, acaba revelando el escondrijo de Mariela. Ella es detenida y obligan a **Mordecai** a ver el “interrogatorio” a través de un falso espejo. Sobre su rostro desencajado, sólo podemos imaginar las atrocidades que está padeciendo Mariela...

En mitad de la noche, un coche arroja a **Mordecai** en un callejón cualquiera del extrarradio. Está destrozado por fuera y por dentro. Para colmo, uno de los matarifes le recuerda que él fue quien la delató, y le informa de algo que **Mordecai** no sabía, y que termina de hundirlo: Mariela estaba embarazada...